—Todo lo saben, todo.

—Margarita estará muy acabada

—No, nada de eso: parece hermana de su hija: es una muger perfectamente conservada.

—¿Y se acuerdan de mi? ¿me querrán mucho?

—Vamos, ¡qué pregunta!

—Si estoy como loco, Dios mio, como los muchachos queriendo que amanezca antes que los otros dias.

—Poco debe faltar; son las tres.

—Dos horas es mucho.

—Un poco mas, porque hasta las seis no podemos salir.

—Dios mio, Dios mio, que venga el dia, que venga el dia.

Y D. Juan se paseaba ajitado, asomandose á cada momento al balcon, para buscar en el Oriente las luces de la mañana.

XXX.

Las dos viejas.

EN otro corazon que no fuera el de Valdespino, el terrible drama de Ines hubiera producido una impresion tan profunda como duradera; pero aquella alma negra y corrompida sufrió el golpe como la conmocion que produce una máquina eléctrica en el cuerpo de un hombre: se siente por un momento, que todo el sistema nervioso se agita y se descompone, y casi en el mismo instante todo se acaba y queda solo un recuerdo que bastan dos horas cuando mas para hacerlo desaparecer.

Al dia siguiente al de la desgracia, Márquez envió á llamar á D. Celso, y la situacion política era tan grave, que en todo el dia le fué imposible volver á su casa.

A las ocho de la noche tocó el zaguan, y entró precipitadamente.

—Señor, le dijo Pilar, hemos estado todo el dia con mucho cuidado por usted.

—He tenido grandes ocupaciones.

—Yo queria ya irle á buscar, agregó Ramona.

—Era inútil, tanto mas cuanto que me voy luego.

—¡Se va usted! exclamaron las dos viejas.

—Sí, pónme algo que cenar; pero que sea pronto.

Pilar y Ramona salieron á disponer la cena, y D. Celso se entró á su recámara. Abrió su ropero, y sacó de él un cinturon de cuero, de esos que los chinacos usan para llevar el dinero: tienen la figura de una víbora gruesa, y por la boca se pueden introducir las monedas hasta llenarle completamente; y luego con la misma hebilla que sirve para ceñírselo, queda cerrada aquella boca.

Don Celso tenia ya preparado el suyo, porque estaba literalmente henchido de monedas de oro: se lo ciñó, y luego puso en su bolsa una cartera que contenia muchas letras de cambio, y comenzó á quemar papeles y cartas que estaban ya apartadas. Como es de suponerse, Valdespino hacia sus preparativos para fugarse ó esconderse, por temor de la justicia del vencedor.

—¡Jesus! ¡cuánto humo! dijo Pilar entrando. Señor, ya está la cena.

Don Celso no contestó, y siguió quemando sus papeles hasta que todos quedaron convertidos en ceniza.

—Vamos, dijo cuando terminó.

Se sentó á la mesa, y comió tan precipitadamente, que en diez minutos habia concluido.

—¡Pilar! gritó.

—Señor, dijo la vieja.

—Ven acá: esta noche necesito irme, porque es seguro que mañana entrarán los puros, y si me llegan á coger, me fusilan.

La vieja comenzó á tener impulsos de llorar.

—Tengo que irme léjos, y quizá no vuelva á verte.

La vieja comenzó entonces á llorar y á limpiarse los ojos.

—He vendido todas mis cosas, y realizado todos mis fondos, para marcharme al extranjero á vivir tranquilamente.

Pilar sollozaba hasta quererse ahogar.

—Pero no te abandono; porque sabes que no soy ingrato.

Pilar comenzó á serenarse.

—Aqui te dejo este papel, por el cual, la persona á quien va dirijido, te entregará mil pesos: con ellos puedes vivir muy bien; poner un estanquillo, una sedería.

Pilar estaba enteramente consolada.

—Ademas, todos los muebles que hay aqui, son para tí; procura mudarlos mañana mismo, para que no vayan á embargarte los puros, y porque el nuevo dueño vendrá tambien mañana. No abandones á Ramona; aqui estan cien pesos en oro para ella. Ahora, adios.

—Adios, señor; que Dios le lleve á usted con bien, decia Pilar sollozando de nuevo y echando bendiciones á D. Celso, que bajaba la escalera. Adios.

Don Celso salió á la calle, y cuando Pilar entró del comedor, encontró ya á Ramona que la esperaba. Pilar hubiera de buena gana tomado para sí los cien pesos de su compañera, pero ella lo habia escuchado todo.

—Ahora sí estamos bien, dijo Ramona.

—Sí: ¡pobre señor! Tome usted su dinero.

—¡Dios se lo pague!

Pilar tomó una vela, y comenzó, como propietaria, á practicar el reconocimiento de su herencia, acompañada de Ramona, llevando cada una una vela encendida.

Todo lo abrian, todo lo registraban, desde la sala hasta la despensa, como si fuera la primera vez que se encontraban alli.

A la una de la mañana oyeron rumor en la calle, dejaron las velas y se asomaron al balcon. Era un gran grupo de dispersos, que pasaba corriendo con direccion á palacio.

Despues venian algunas mugeres llorando, preguntando á to-

dos por los cuerpos en que servian sus maridos, y sin encontrar quien les diera razon. En aquella noche, todos se buscaban y nadie podia encontrarse: la confusion era espantosa; y las mugeres de los soldados corrian por las calles llorando, y llamando á gritos á sus maridos. Los asistentes, los conductores, los trenistas, dejaban abandonados en las plazas los carros, los caballos y las mulas; el pánico era tal, que no se les ocurria llevárselos.

Las dos viejas contemplaban, ó mejor dicho, adivinaban todo aquello que pasaba en la oscuridad, asomadas al balcon de la casa.

Oyeron pasos y voces debajo de ellas: un soldado caminaba de prisa, seguido por una muger que cargaba un gran bulto.

—Anda aprisa, decia el soldado.

—Ya me canso, contestaba la muger; este bulto pesa mucho.

—Pues tíralo.

—No: ¿cómo lo he de tirar?

—Pues si no lo tiras, te dejo, porque yo no quiero que me vayan á coger.

—No, no me dejes, lo tiraré.

—Ahí en esa puerta.

La puerta era la de la casa de las dos viejas: la muger se detuvo, se oyó sonar algo en el suelo, y luego, mujer y soldado continuaron su camino.

Cuando se perdió el eco de sus pisadas, Ramona dijo:

—¿Qué será lo que tiró?

—¿Vamos á ver?

—Vamos; porque esta noche estamos de fortuna; puede que sea dinero.

—Vamos.

Cerraron el balcon, y tomando una vela, bajaron al patio.

El viejo zapatero, que tenia á su cargo las llaves, estaba en

vela como toda la ciudad, pero aprovechaba el tiempo remendando unas viejísimas botas.

Pilar pidió la llave y se dirijieron al zaguan.

Primero aplicaron el oido, todo estaba en silencio; entonces comenzaron á abrir poco á poco. Pilar sacó la cabeza y miró á todas partes cautelosamente; nadie parecia, y la oscuridad mas completa envolvia todo: á lo léjos oyó las herraduras de un caballo, escuchó el ruido, se alejó, y volvió á reinar el silencio.

Cerca de la puerta habia un gran bulto. Entre las dos viejas lo metieron y volvieron á cerrar con llave.

—¡Cómo pesa! dijo Pilar.

—¡Con razon no podia ya la muger! contestó Ramona.

—¿Y lo subimos?

—Creo que no; mejor será registrarlo aqui para no subir cargando lo que no sirva.

—Dice usted bien, veremos; alúmbreme usted.

Ramona acercó la vela, y Pilar abrió el envoltorio.

—Una chaqueta de soldado, unos pantalones, una levita de oficial, unos libros, unas botas fuertes. Y estos paquetitos ¿qué serán?

—Abra usted uno.

—Arrime usted mas la luz.

Ramona acercó la luz. Cuando Pilar abria uno de los paquetes, una chispa cayendo del pávilo le incendió. Eran paradas de cartuchos, parque de fusil.

Un fogonazo inmenso envolvió las cabezas de las dos viejas inclinadas sobre la ropa, y sus gritos lastimeros y agudos hicieron salir precipitadamente de la cobacha al viejo zapatero.

La luz se habia apagado, y en medio de la oscuridad solo se oian los gritos de las dos mugeres, y se miraban ardiendo lentamente algunos pedazos de lienzo.

El zapatero sacó una vela, y al acercarse á las dos mugeres, quedó horrorizado.

Las dos tenian completamente quemado el pelo; y aquellas dos cabezas, aquellos dos rostros, eran una cosa informe, horrible, asquerosa.

No habia alli figuras humanas; eran dos masas de carne quemada, dos botijas sangrientas y negras, en donde apenas se adivinaba la boca como una pequeña endidura de donde salian quejas y una respiracion jadeante y desigual.

Solo por el trage podriau entonces haberse distinguido la una de la otra.

El zapatero no sabia qué hacer: llamó á las criadas de la casa, y ayudandolas él y su muger, lograron trasportar á aquellas dos infelices á sus respectivas habitaciones.

Hubiera sido un delirio pensar en un médico; y como ninguno de los presentes sabia el modo de curar aquello, se aplazó el remedio para la mañana siguiente.

XXXI.

Entre los sitiadores.

LAS noticias del estado que guardaba la plaza, llegaban continua y oportunamente al campo de los republicanos, y el general Diaz, con una prudencia notable en su edad, comprendió que la ciudad se rendiria muy pronto, sin necesidad de exponerla á los horrores de un asalto.

Se le hicieron proposiciones por parte de los sitiados, pero con esa lealtad heróica que distinguió á los caudillos de la segunda guerra de Independencia en México, Diaz no quiso traslimitar las facultades que habia recibido del Presidente, y se negó á entrar en convenios.

Hay una observacion curiosa que hacer, en la sangrienta y larga guerra que sostuvo México contra Francia. El Presidente Juarez, reconocido jefe legítimo de la Nacion, arrebatado por los acontecimientos, habia ido á establecer su gobierno á uno de los ángulos mas remotos del pais, y desde allí, sin tropa y rodeado apenas de una media centena de hombres constantes, dic-

taba órdenes que, atravesando la Nacion, conducidas por un arriero, por un hombre desconocido y escritas en un cuarteron de papel, y muchas veces sin sello de ninguna clase, eran acatadas y obedecidas por caudillos populares que combatian á la cabeza de miles de hombres, y que cumplian sin vacilar, disposiciones que muchas veces venian á arrebatarles el mando, y á poner en conflicto un ejército ó una gran parte de la Nacion.

La salvacion de la Patria y el amor á la Independencia, produjeron entre aquellos hombres rasgos tan grandes de abnegacion y de lealtad, que el gobierno republicano no alcanzó ni á comprender, y que debian recogerse por la historia, antes que muchos laureles de sangrientos triunfos.

Los invasores, y una gran parte de personas influentes en la capital, mandaron comisionados, á un general primero, y luego al general Diaz, ofreciendoles todos los recursos y pertrechos que tenia en sus depósitos el ejército frances, las principales plazas que ocupaban, inclusa la capital, y la obediencia de una gran parte de los ejércitos imperiales, con la única condicion de que no reconocieran á Juarez, y de que ellos subiesen al poder ó proclamáran á cualquiera otra persona. A pesar de lo halagüeña y seductora de esta promesa, los dos generales, sin ponerse de acuerdo, y separados por mas de doscientas leguas, rechazaron los ofrecimientos, prefiriendo la prolongacion de la lucha á un triunfo fácil, que no estuviera conforme con sus ideas caballerosas.

La Providencia premió su lealtad, coronando de gloria sus banderas.

La línea de circunvalacion en el sitio de México, era tan extensa, que se habian establecido tres oficinas telegráficas para que pudiesen comunicarse entre sí los tres jefes de las líneas en que estaba dividida la de circunvalacion.

La Villa de Guadalupe era el cuartel general de la del Norte, que mandaba el general Corona; Tacubaya era el cuartel

general de la de Occidente, que mandaba el general Diaz, jefe tambien de todo el ejército sitiador; y Mexicalzingo era el centro de operaciones de las líneas de Oriente y Sur.

Durante la noche, los partes telegráficos cruzaban de uno á otro cuartel general. Todas las tropas estaban sobre las armas, y todo dispuesto para arrojarse sobre el enemigo, en caso de que impulsado por su desesperada situacion, pretendiese hacer una salida, buscando, no el triunfo, sino la salvacion en la fuga.

Las familias refugiadas en todos los pueblos de los alrededores, velaban tambien con una ansiedad mortal.

Nuestros dos amigos, Jorge y Murillo, al lado de su regimiento, esperaban en una de las calzadas el momento de dar la carga. Cuando se espera un combate próximo, mas que el temor, domina un sentimiento de impaciencia, que hace parecer eternas las horas, y quizá por eso, al romperse el fuego, no se sienten los hombres con esa impresion pavorosa, que es consiguiente al encontrarse frente á una muerte casi segura.

—Jorge, decia Murillo, he sido muy imprudente contigo, pero tu te has vengado pagandome con una generosidad, digna solo de tí.

—No hablemos de eso; porque si algun imprudente ha habido aqui, he sido yo, que estreché mi amistad con Elena, mas de lo que debiera, y comprendiendo todo el peligro que en eso habia.

—Tienes razon, no hay para que hablar mas: Elena está muy calmada, y todos podrán ser muy felices.

—¿Cómo podrán? Podremos debes decir mejor. Pues qué ¿no te acuerdas ya de Leonor, y no consideras que dentro de dos dias á lo mas estamos ya en México?

—No me hables ya mas de Leonor, á pesar de que, como sabes por Alejandra, Caralmuro conoce ya que no es su hija ella; que á lo que parece, no busca sino una posicion elevada. Ha logra-

do seducir al viejo Mondragon, aquel amigo de Caralmuro, que vimos en su casa, y muy pronto van á casarse.

—¿Pero cómo sabes todo eso?

—Un amigo que salió esta mañana de México por las canoas, que es conocido de Mondragon, me lo ha contado todo.

—Puede que todavía tenga eso remedio.

—¿Qué remedio? si esa misma persona me ha contado que ha visto á Leonor, viviendo en la casa de Mondragon.

—Eso sí ya es grave. Entonces pensar en otra, que en México sobran muchachas bonitas, y cualquiera de ellas puede hacerte feliz: no hay que afligirse; el mundo es grande, tú joven, y nadie sabe lo que sucederá mañana.

—Tienes razon, soy un tonto.

La mañana comenzaba á aclarar, y todos los soldados comenzaron á moverse, porque en un campamento, aunque se pase la noche en vela, al despuntar la aurora, cuando suena ese toque que los soldados llaman de levante, y las músicas y las bandas de los cuerpos lanzan al viento las notas de esas alegres dianas con que se saluda al nuevo dia, todo el mundo parece despertar como de un profundo sueño, y los tristes pensamientos de la noche se van como perdidos en las últimas sombras que se disipan.

Un ayudante pasó galopando junto á Jorge.

—¿Qué hay de nuevo, compañero?

—Que ya se acabó todo.

Muchos oficiales se agruparon en derredor del ayudante.

—¿Cómo se acabó? preguntó Jorge.

—A la madrugada el enemigó abandonó todas las fortificaciones, los nuestros se apoderaron de ellas, y toda la ciudad está ya en nuestro poder. Oigan los repiques de la Catedral.

Los ecos sonoros y magestuosos de la campana mayor de la Catedral de México, llevados por las puras brisas de la mañana, llegaron á confirmar la verdad de las palabras del ayudante.

—Soldados: ¡triunfó la Independencia! ¡Viva México!

—¡Viva! repitieron todos.

Y los oficiales lloraban y se abrazaban, y los soldados gritaban, y lanzaban al aire sus gorras, y las dianas atronaban los campamentos.

Aquel supremo instante de felicidad compensaba cinco años de penalidades, de sufrimientos, de dolores; aquel era el momento sublime del TABOR; alli la patria bella, radiante, trasfigurada, contemplaba su triunfo. Aquel era el instante que todos y cada uno de los patriotas quisieran haber prolongado por una eternidad.....

.....

Inmediatamente que la noticia del triunfo circuló por Mexicalzingo, todas las familias que habian salido de la ciudad, comenzaron á disponerse para volver á ella, y tres horas despues, multitud de canoas se deslizaban sobre las aguas de la laguna, conduciendo á México infinidad de personas, ansiosas por volver á ver á sus amigos y á sus intereses.

—¿Qué hacemos? preguntó Alejandra.

—Qué hemos de hacer, contestó Margarita; volvernos inmediatamente á México; no hay peligro ya de ninguna clase, y es necesario buscar á tu padre, antes que por estos acontecimientos, vaya á tener necesidad de salir de la capital. Cacomixtle sabe dónde vive, ¿es verdad?

—Sí, dijo Cacomixtle.

—Pues vamos, dijo Margarita.

—¿Y Jorge? preguntó Alejandra.

—Ha de estar tan ocupado con la entrada de las fuerzas, que ya aqui no le hemos de encontrar; quizá estará ya en México; tu no te apures, que él tendrá cuidado de buscarnos.

—Pues yo me voy, dijo Cacomixtle, á conseguir una canoa

que nos lleve, porque mas tarde será imposible; las espero en el puente.

El muchacho salió corriendo, y poco despues las dos mugeres salian de la casa, acompañadas de Tula y de Anita, que las iban á dejar hasta el embarcadero, y que esperaban verlas al otro dia en México.

El Cacomixtle tenia ya preparada una chalupa; los tres se colocaron en ella, y conducida por un remero moceton y robusto, en dos horas llegaron á desembarcar dentro de la ciudad en el Puente de Jamaica: serian las doce del dia. Cacomixtle se echó al hombro el pequeño equipage, y preguntó á Margarita:

—¿A dónde?

—A la casa de Juan, contestó resueltamente Margarita.

Y el Cacomixtle echó á andar, sirviendoles de guía.

A pesar de los repiques, no reinaba dentro de la ciudad la misma animacion ni el mismo alboroto que en los campamentos.

Pocas personas se atrevian á salir; todos los vecinos estaban sobrecogidos aún, por las terribles escenas que habian presenciado, y casi todo el ejército sitiador permaneció, aun en estos momentos, fuera de las garitas de la ciudad.

Margarita, Alejandra y el Cacomixtle llegaron hasta la puerta de la casa de Caralmuro; el zaguan estaba abierto, y el viejo portero, con sus gafas puestas, leia un boletin del ejército Republicano, con la mima fé con que pocos dias antes recorria las líneas de los periódicos imperialistas.

—¿El señor D. Juan? le preguntó Margarita.

—Salió, contestó el porteo.

Margarita volvió la cara á ver á Alejandra y al Cacomixtle.

—¿Y D. Plácido? preguntó el muchacho.

—Tambien salió, contestó el portero.

—¿Qué hacemos? dijo Alejandra.

—Los esperaremos, contestó Margarita; y luego, dirijiendose al viejo, preguntó: ¿tardará mucho?

—No, por que ya es hora de que coma.

Las dos mugeres y el muchacho se sentaron entonces humildemente á esperar la llegada de D. Juan, en una banquita de madera, de esas que hay en México en el zaguan de las casas.